
DISCURSO
PRONUNCIADO POR EL SEÑOR
D. LUIS CABEZA DE VACA.
EN LA INAUGURACIÓN DEL NUEVO AÑO ESCOLAR
DEL INSTITUTO DE CIENCIAS

[EL 10 DE OCTUBRE DE 1889.]

Bellamente dijo aquel sabio
que la agricultura es la madre
y la nodriza de todas las demás
artes.

(*Palabras de Sócrates en Xenofonte, Oeconomicus, Cap. 8.*)

Honorable Señor Ministro.

Señores Profesores.

Señores:

Debiendo dirigiros hoy la palabra, por encargo de la Honorable Junta gubernativa del Instituto de Ciencias, de intento he tomado como base de mi discurso la sentencia que acabais de escuchar, no de un sabio, no de un agrónomo, no de un economista moderno, en cuyos labios habría podido ser sospechosa para alguno, juzgándola tal-

vez inspirada por exaltación de ideas, ó por aquel conocido instinto de ensalzar y sobreponer á todo lo demás lo que atañe á su profesión; la he tomado de un filósofo de los más antiguos, de los más respetados, de los más venerandos de la antigüedad pagana. Lleva, por consiguiente, grabado en sí misma el acreditado timbre de ser hija genuina de uno de los pensadores más profundos y más íntegros de la antigua filosofía.

Esto supuesto, gastaría en vano el tiempo en demostrar la rectitud y la verdad de aquellas palabras de Sócrates. ¿Qué autoridad y qué evidencia podría añadirles mi raciocinio? Las tomo, por tanto, como un dictamen de esclarecida inteligencia, como un axioma de suyo evidente, y como tal os las propongo, sirviéndome de ellas de punto de partida, y, al propio tiempo, de término seguro si en la exposición de lo que voy á tratar, vacilaran bajo el ponderoso argumento mis débiles fuerzas.

Una sola idea, una sola aspiración es la que conmueve y agita como en vertiginoso torbellino las mentes y los corazones de los hijos todos de nuestro siglo, la idea concentrada en esta palabra —*Progreso*. Esta idea y esta palabra nacida y pronunciada allende los mares, allá en la culta Europa, hace apenas un siglo, se ha propagado por doquiera con la rapidez de la electricidad; hasta las concavidades de los Andes y, para hablar sin metáforas, el corazón de cada uno de nosotros está repitiendo, como eco fiel ¡Progreso! ¡Progreso!

Pero esta palabra tan comprensiva como corta, se presta, señores, á un sinnúmero de interpretaciones, expresa aspiraciones tan diversas, como diversas son las tendencias de los individuos en cuyo ánimo se formula. Progreso grita el comerciante, que solo apetece el aumento del capital que tiene en circulación; y con esta palabra en los labios sueña, se agita, recorre los mercados y se

abalanza á los más espantosos peligros. Progreso, el sabio que agota su preciosa existencia en arrancar á la Naturaleza sus más recónditos secretos, en escudriñar los monumentos de la antigua y moderna sabiduría, para poner á la vista de las presentes y futuras generaciones verdades hasta entonces desconocidas. Progreso, gritan también los perturbadores de la paz, los revolucionarios, los aventureros que la atacan, por intereses personales; y en ellos la palabra progreso es contradictoria, expresa ideas que entre sí están en abierta pugna. Con la palabra progreso se justifican hechos nefandos; y con la propia palabra se procura el bienestar humano. Los que aspiran á que la Nación alcance la mayor perfección material, intelectual y moral; los que se desviven por el bien de la sociedad; los que anteponen la ventura pública á mezquinos intereses; en fin los verdaderos patriotas con razón profieren esa significativa palabra *progreso*.

No temo, pues, equivocarme si interpretando los sentimientos de esta selecta asamblea, supongo que en el pecho de cada uno de vosotros brota en este momento esta ferviente acendrada y unánime aclamación, *Progreso* para la patria, progreso para el Ecuador.

Persuadido estoy, señores, como lo está por cierto cada uno de vosotros, de que la idea completa que expresa esta gran palabra *progreso*, encierra algo más que los elementos de prosperidad material y adelanto puramente intelectual; comprende además, otro, y sin duda el primero, el que dirige á esfera muy superior nuestras inteligencias, el que concentra en un solo foco nuestros corazones, la Religión: mas no me toca, ni es de este lugar hablaros de ésta en ocasión como la presente, en que se trata de inaugurar un curso puramente científico.

Igualmente os supongo persuadidos de que para la consecución del gran ideal de que os hablo, no bastan los deseos, no bastan las aclamaciones, por sinceras y enérgicas que puedan ser; progreso, y progreso nacional, es un fin tan elevado como complejo, que supone elección acertada y uso serio y perseverante de medios poderosos. En cuanto á la elección de los medios no los he de proponer yo; Sócrates es quien los propone: "La Agricultura es la madre y la nodriza de las demás artes"; ni las propone él como cosa suya, sino como parto de inteligencia todavía superior á la suya.

La agricultura es la madre de las demás artes y ciencias porque las engendra; es la nodriza porque las cria y fomenta su desarrollo: este será el primer punto á que tengo el honor de llamar vuestra benévola atención; y qué se deba hacer en particular en favor de ella para que, á su vez, pueda producir el anhelado efecto del progreso del Ecuador, será el segundo á que os comprometo desde ahora.

I.

Al comenzar, señores, la demostración de mi asunto, hállome en la necesidad de precisar con claridad su concepto, definiendo la agricultura; y, para no abusar de vuestra atención con divisiones minuciosas, diré simplemente que es: la ciencia que suministra los conocimientos para obtener la mayor utilidad posible del cultivo del campo. Dejo á la reflexión de vuestra perspicaz inteligencia el considerar que en esta definición se comprende implícitamente, como elementos indispensables de la ciencia el conocimiento de los terrenos y sus calidades; el de los medios de corregirlos y mejorarlos; el de la organografía y fisiología vegetal y animal; el de los agentes físicos que influyen ó pueden influir en lo que se deja mencionado; el

tacto práctico para adaptar los artículos cultivados á las condiciones del terreno, clima, consumo etc.; y el de los artículos para conformarlos á la demanda de los mercados y al gusto de los consumidores. Compréndese finalmente el conocimiento de los sistemas de cultivos, el del empleo y manejo más acertado y económico de los capitales; y el de otras innumerables cuestiones que, fuera de profundos conocimientos de las ciencias físicas y naturales, suponen en el agricultor exquisita prudencia, discreción, vigilancia y actividad.

Básteme por ahora, señores, haber mencionado estos puntos, los que, sí sirven al presente para deslindar la ciencia de que tratamos y daros un concepto sinóptico del extenso campo que encierra, después nos servirán para objetos más importantes y de más práctica aplicación.

La necesidad, el interés y la inclinación, son los agentes que ordinariamente estimulan la inteligencia humana á la investigación de lo que puede ser útil, necesario ó agradable al individuo ó á la sociedad.

La agricultura no tuvo otro origen. Desde que la naturaleza se rebeló contra el hombre, éste tuvo que regar con el sudor de su frente el grano confiado á la tierra, podar la vid, cuidar de los rebaños; en una palabra procurarse, con el trabajo y el arte, lo necesario para la vida.

Con la familia crecieron las necesidades y enseñaron al hombre á encorvar el frezno y el haya para construir el timón y la esteba, conformar en reja el hierro y roturar con el arado el rehácio suelo. Cansado por sus faenas el agricultor, aprendió á exigir al robusto buey el auxilio de sus fuerzas. Observó que sus mieses perecían ya por falta, ya por exceso de agua; que ora los vientos, ora las heladas, ora los granizos destruían sus esperanzas; y se vió precisado á calcular el curso de

las estaciones y estudiar las leyes de los cambios atmosféricos. Reparó que no en todo suelo prospera toda clase de semillas y plantas; y hubo de examinar la naturaleza de aquel y de éstas, procurando conciliar las condiciones del uno con las exigencias de las otras.

Dejo á vuestra meditación, señores, el recorrer los demás inventos que la agricultura sugirió lenta y sucesivamente al paciente colono, inventos que constituyen los gérmenes de las ciencias y las artes; lo cual pone en claro la verdad de la citada sentencia: que *la agricultura es la madre de las demás artes*.

Mas cualquiera que sea su influjo y su mérito bajo este respecto, mucho mayor lo tiene como nodriza de ellas, como que nutre y fomenta el desarrollo no sólo de las que reconocen en ella su origen, sino de todas indefinidamente.

¿Cuál es, señores, la condición indispensable y la única para que florezcan en una nación las artes y las ciencias, ó, lo que es lo mismo, para que ella prospere y progrese?

Ante un auditorio como el presente no es necesario que indique la respuesta: bien penetrados estais vosotros de que, para que prospere una nación en cualquier orden de cosas, es preciso de que se halle en condiciones favorables para ello, ó, lo que va á dar á lo mismo; que los asociados puedan contar ampliamente con todos los medios necesarios para el desenvolvimiento y perfeccionamiento de sus facultades y dedicarse libremente al cultivo de las artes y ciencias que mejor se conforman con el talento y propensión de cada uno. Ahora bien, si reunimos todas estas condiciones y medios bajo el nombre colectivo *riqueza*; podemos concluir sin vacilar: que el progreso de las naciones está en proporción de su riqueza respectiva.

No se me oculta que á esta conclusión puede oponerse que la riqueza no es la causa inmediata del progreso intelectual, que éste depende del talento y hasta de la voluntad de los ciudadanos; pero esta objeción poco hace al caso que me ocupa y menos todavía á la última consecuencia práctica á que se dirige mi discurso.

Con estos antecedentes y descuidando en favor de la brevedad el desenvolvimiento lógico de mi raciocinio, afirmo, ulteriormente, señores, que tanto mayor será la riqueza del Ecuador, cuanto más progrese su agricultura; de lo cual fluye por ineluctable consecuencia lógica que: el progreso material é intelectual del Ecuador depende del progreso de su agricultura. Evidenciaré ésto tan luego como haya demostrado la ya enunciada proposición.

No ignoro, señores, que los escritores de Economía política, tratando en general de la fuente de la riqueza de las naciones, unos se deciden por la agricultura, otros por la industria y otros finalmente por el comercio. No juzgo de mi deber escrudinar la verdad de cuestión sentada en términos tan generales; y vosotros no necesitais de las luces de mi pobre entendimiento para saber á cual de las tres opiniones debeis dar la preferencia; pero no vacilo en afirmar, y creo que todos vosotros estareis acordes conmigo en sostener que para el Ecuador en la actualidad la agricultura es *la única fuente* de riqueza, y que talvez para siempre será su *fuerza principal*.

Que la industria ecuatoriana no sea la única ni tampoco la principal fuente de la riqueza nacional, lo dice á voz en cuello el lenguaje de los hechos; y para haceros palpar la verdad de mi aserto, no tengo sino que apelar al conocimiento que vosotros mismos teneis de los estrechos límites en que se halla circunscrita, y á la cortísima cantidad de

artículos que ella suministra á los mercados extranjeros. No por su cantidad embarazosa, sino por la vergüenza que el amor patrio me inspirará, me abstengo de enumerarlos; y cuán lejos está nuestra industria de abastecer aún nuestro comercio interior, lo manifiestan los registros de importación de nuestras aduanas; en los cuales vemos con rubor largas listas y cantidades relativamente enormes, no sólo de objetos de lujo, siempre descontentadizo de lo nacional, sino aun de artefactos y manufacturas de las más rudas y comunes que podrían fabricarse en el país sin el menor esfuerzo de genio manufacturero. En estos términos nuestra industria no puede considerarse como fuente de riqueza, sino más bien como abundante fuente de *pobreza*, ya que su escasez nos obliga á traer de lo exterior á gran costo lo que ella no puede suministrar nos por sí misma. Notemos, además, que los mismos productos agrícolas que se exportan para el comercio extranjero salen comunmente en su estado natural, como sucede con la quina, caucho, tagua, orchilla, mangle, pieles etc.; por consiguiente sin que la industria haya aumentado en nada su valor primitivo.

Y qué diré del comercio? El material de que dispone puede reducirse á estas tres categorías: productos minerales, industriales y agrícolas. Por lo que toca á los primeros, diré la pura verdad: el Ecuador carece de minas en actual explotación. Cuanto á los industriales, baste recordar lo que acabo de decir. Respecto finalmente á los agrícolas, estos son los únicos que le dan cierta actividad y, dicho sea de paso, forman la principal fuente de las rentas fiscales; pero como aquí estoy comparando el comercio con la agricultura, deben atribuírse á mérito de ésta, por ser la que los produce, y no del comercio que los recibe.

Queda pues demostrada la primera parte de

la proposición á saber, que la agricultura es la *fente única* de la riqueza del Ecuador; paso á probar que aún en lo sucesivo será, sino *la única, la principal*.

Tampoco esta demostración exige, señores, grandes esfuerzos de ingenio; porque contando el comercio y la industria sólo con los productos que puede suministrarles la agricultura, dedúcese que ella será siempre la principal fuente de riqueza.

Si queremos, pues, el progreso de la patria, debemos emplear todos los medios conducentes para el rápido adelanto de nuestra agricultura.

II.

Cúmpleme ahora investigar los medios necesarios para obtener tan importante objeto. Y en cuanto á esto, no creo, señores, fatigar mi mente en excogitar nuevos medios para proponerlos á vuestra consideración; lo único que haré es citar los que se han adoptado y constantemente se emplean en todas, sí, en todas sin excepción las naciones civilizadas. Todas, sin excepción, se afanan, á cual más, en abrir establecimientos de instrucción agrícola, en fomentar moral y pecuniariamente la organización de corporaciones y sociedades destinadas al estudio de los más importantes de los objetos que influyen en el progreso de la agricultura: hacen ensayos, propagan especies y mejoran razas de animales, invierten capitales en vías de comunicación y abren canales de riego; aprisionan en sus cauces los ríos y torrentes para que no lleven la devastación á los campos; desecan pantanos y los convierten en dehesas; provocan exposiciones de todo género de productos é instrumentos agrícolas; recompensan con honrosos premios el talento, el genio y la constancia de los agricultores; conceden primas de exportación; y gravan

con onerosos derechos la importación de ciertos artículos con el fin de favorecer la agricultura nacional. ¿Qué nación, tanto del antiguo como del nuevo continente, no promueve por éstos medios el progreso de su agricultura?

Bien conozco el miserable Estado del Erario ecuatoriano á causa de la dilapidación de sus rentas, efectuada en otros aciagos tiempos. Pero ello no obsta á que se provea á la agricultura de lo más indispensable para empezar á existir; de lo más elemental á fin de que unas mismas labores, unas mismas faenas, un mismo capital de explotación, rindan al agricultor y á toda la República duplicados los productos que se obtienen actualmente.

Y á qué aludo con esto, señores? A la instrucción agrícola. Sólo en el Ecuador en pleno siglo XIX, reina todavía la más completa ignorancia en todo lo que atañe á la agricultura. Ella está aun bajo el despótico imperio de la *venerable* rutina, complejo informe de prácticas absurdas, cuya existencia se debe únicamente al grande error que forma la base de la Economía antigua: "La mejor entrada es la ninguna salida"; principio que puede concentrarse en la sola palabra: *ahorro*; y que se halla en pugna con el de la moderna: "la mejor salida es la que da mayor entrada" ó, en una palabra: *ganancia*.

Los secuaces del primero se contentan con la estéril y estúpida complacencia de tener guardado el capital que para ellos se reduce sólo á cierto número de monedas. Escusado es decir que ese capital es igualmente inútil para los demás y para la sociedad. Mientras domina tal sistema no hay vías de comunicación, ni de obras públicas; rudimentaria la industria, atrasada de agricultura, entorpecido el comercio: es el reinado del Letargo, la imagen de la muerte.

El discípulo del segundo, en tanto aprecia lo que tiene, en cuanto le sirve de medio para adquirir más. Para él, el capital que posee es un árbol frondoso que, al propio tiempo que le deleita con su sombra, le alimenta con sazonados frutos. No guarda en sus arcas, improductivas monedas; mejora la agricultura, fomenta la industria, da vida al comercio; eso es su anhelo. Taládranse las cordilleras; ábrense los istmos, cúbrense de naves los puertos de todas las naciones. Y si por tales medios centuplica el capitalista su riqueza, alimenta al desheredado jornalero y al laborioso artesano, alienta al industrial, enriquece al comerciante, favorece al sabio y da vida al Estado.

Dispensadme esta digresión y vuelvo á mi asunto.

—He dicho que nuestra agricultura, gracias al absurdo principio económico ya citado, yace entorpecida bajo el despótico é irracional imperio de la rutina, y que el único medio de libertarla de tan duro yugo es la instrucción.

Será necesario el que os lo demuestre? Injuria os haría al sólo pensarlo. ¿Quién ignora los variadísimos conocimientos que exige la agricultura? Como indiqué al explicar la definición de esta ciencia, exige instrucción teórica, que comprende la enseñanza de las diferentes ciencias relativas á los seres que, ya activa ya pasivamente, toman parte en la explotación; instrucción práctica relativa á la ejecución de las operaciones, empleo de medios y tratamiento de las cosas de que se ocupa; instrucción económica en la elección de los artículos en que ha de ocuparse con preferencia, usos que les ha de dar y administración del capital.

Que la instrucción no pueda adquirirse sin la enseñanza y los medios adecuados, tampoco necesita demostrarse. Si se tratara de ciencias puramente racionales, como ciertos ramos de filosofía,

talvez hubiera alguna apariencia de fundamento para excusarse de enseñanza y de preceptores. La luz de la razón, la perspicacia de la inteligencia podrían creerse guías seguros para resolver los casos prácticos; pero la investigación de la naturaleza de seres tan diferentes como los que caen bajo el dominio de la agricultura, el influjo que ejercen sobre ellos los agentes naturales, los medios que pueden emplearse para adaptar la acción de éstos á las exigencias de aquellos; cómo deban invertirse mejor los capitales indispensables para la explotación; y otras infinitas cuestiones que ocurren en el desempeño de la profesión agrícola son de tal naturaleza, que el buen sentido y la inteligencia más perspicaz son insuficientes para resolverlas; necesitan estudios tan vastos como profundos, observaciones esmeradas, práctica larga y, más aún, cauta y prolija.

A nadie se le oculta, y vosotros mejor que nadie lo comprendéis, que para que las ciencias reporten utilidades es indispensable juntar la teoría á la práctica: científico que divaga sólo con puras nociones expeculativas, no merece tal nombre; el verdadero saber consiste en aplicar los principios y las consecuencias á hechos prácticos y ejecutarlos observando esas mismas consecuencias y principios; y en la materia que me ocupa, tanto más indispensable es esa junta, cuanto de no hacerlo así pésimos son los resultados.

Por lo que toca á la enseñanza teórica de la agricultura y de las demás ciencias auxiliares, cinco años hace que, entre las paredes de este recinto y en los museos y gabinetes que el Instituto conserva como herencia de la malograda Escuela Politécnica, se dejan oír sabias lecciones de agricultura, Física, Química, Botánica, Matemáticas y demás ramos que con aquella se relacionan. No ha faltado, pues, la enseñanza teórica indispensable.

La práctica. al contrario, hállase, por completo desprovista de lo más esencial y para decirlo de una vez, de todo, puesto que carece de un fundo en que verificarla. No cuenta sino con la halagadora esperanza de que algún día este ilustrado gobierno, tan sumiso á la ley y progresista, dará cumplimiento á disposiciones legales. La adquisición de este fundo y su transformación en Quinta Normal no ha de contribuir solamente al adelanto de la agricultura patria proporcionando los medios indispensables para la enseñanza práctica, sino que élla ha de promover el mismo adelanto de una manera muy eficaz porque difundirá en todas las clases sociales los conocimientos relativos á la misma ciencia.

Si la justicia y la utilidad pública exigen que no se escatimen los medios indicados para fomentar la Agricultura, fuente única de nuestra riqueza nacional, más imperiosamente lo reclama la necesidad. Omitiré tocar, señores, sólo por no abusar de vuestra paciencia, muchas y muy relevantes cuestiones de carácter económico y social, con el objeto de concentrar vuestra atención en una que si bien no preocupa todavía la opinión pública de nuestro país, no tardará en presentarse y causar entre nosotros la alarma general que está causando en todas las naciones de Europa.

Aludo con esto á la crisis agrícola general que, desde hace veinte años, va causando en los mercados de Europa la concurrencia de productos de los Estados Unidos, de Australia, de las Indias, á los cuales, dentro de poco, se unirán los del Africa.

Causan esta crisis las grandes extensiones de terrenos feracísimos que esos continentes poseen, los enormes ahorros que reporta el empleo de la maquinaria agrícola, la baratura de los gastos de transporte motivado por el aumento, siempre cre-

ciente, de los ferrocarriles y la navegación, medios que, facilitando la exportación, permite colocar y vender en todos los mercados de Europa los productos de aquellas, siendo de mejores condiciones, á precios inferiores de los acostumbrados, para los nacionales, en esos mercados.

Imposible me sería hacerlos comprender la gravedad de la situación en que va colocando la agricultura europea, este fenómeno del todo nuevo. Básteme decir que justamente alarmados los agricultores y economistas de estos últimos años, han considerado esta cuestión como la más grave y la que mayores estudios requieré; por esta razón el congreso internacional de París, reunido el último Julio, determinó estudiar con asiduidad la manera de evitar esa crisis, y no siendo suficientes los actuales medios para atacarla, determinó, además reunirse anualmente con el carácter de internacional para el mismo objeto. En ese mismo congreso se reconoció que el medio principal de defensa contra la crisis consistiría en la adopción de medidas encaminadas á aumentar la producción de los terrenos y disminuír los gastos de explotación, la elección juiciosa de las variedades más productivas y el establecimiento de quintas de experimento y demostración.

Estando las cosas en este estado, puedo decir con seguridad que el enemigo avanza sin recelo; y que si bien hasta ahora, gracias al aislamiento en que vivimos, tal crisis no llega á hacerse sentir entre nosotros; ¿qué fundamentos tenemos para creernos libres de ella? el único sería la probabilidad de que no cesará el bloqueo que la falta de vías de comunicación permite siquiera respirar á la agricultura del alti planicie; pero una vez que aquel desaparezca, nos hallaremos arrollados por la tormenta; y lejos de que la apertura de caminos, dé vida á las regiones de lo interior,

les daré muerte matando su agricultura. En vista de situación tan azarosa, de peligro tan inminente, toda inacción es funesta, toda demora culpable, especialmente en los que la Nación ha constituido como vigías y atalayas para que vigilen y protejan sus más vitales intereses.

Una palabra, señores, y concluyo. Tan luego como se estableció el Instituto de Ciencias, éste procuró por todos los medios posibles adquirir un fundo para destinarlo á Finca Normal; prueba de ello las solicitudes que el propio Establecimiento incansablemente ha dirigido á los congresos y á los demás gobiernos; que aquel no haya alcanzado su intento no puede imputársele á culpa. Este es el orden de las cosas; muchas veces se desatiende, talvez por ciertas inexplicables contingencias, lo que mayor atención merece. Pero hoy que el ilustrado Jefe que rige los destinos de la Patria, promete en su, conrazón, celebrado programa procurar con todas sus fuerzas el progreso del país; y que la misma Comisión de Agricultura, criada por el Supremo Gobierno con el fin de que emita parecer en todo lo relativo á los intereses agrícolas, le ha presentado, á petición suya, el proyecto de decreto para la adquisición de la Quinta Normal, es incuestionable que no desatenderá los clamores de la justicia y procurará el adelanto de la Patria por todos los medios posibles.

HE DICHO.